

arremetió desatinadamente adonde estaba la gente, y llegando á hacer golpe casi en las mismas andas donde estaba el cuerpo del Padre, le alcanzó un vaquero de la cola y lo hizo arrodillar, y acudiendo con la otra mano en que llevaba un cuchillo, le dió en el cervigullo con tal destreza que al punto cayó allí muerto, con que se libró el buen caballero, que de otra manera parecía imposible el poder librarse. Finalmente, el Padre y el Hermano vinieron acompañando al cuerpo con indios de remuda que le traían, y caminando toda la noche llegaron el siguiente al Colegio de México, donde se le hizo el entierro y oficio debido con particular sentimiento y devoción de todos los Padres y Hermanos nuestros, que por su grande virtud y religión mucho le amaban. Tenía este buen Padre y fervoroso Ministro de indios cuando murió 34 años de edad y 16 de Compañía. Había estudiado Artes y Teología con buen aprovechamiento. Era natural de la ciudad de México, donde al presente tenía madre y muy honrados parientes, pero él estaba tan despegado de ellos y tan olvidado de todo lo que es carne y sangre, que antes le era molesto el hablar ó tratar de ellos, como lo mostró muy bien en esta enfermedad postrera. Porque aun yéndole á visitar unos tíos suyos á la estancia donde murió, él se cansó mucho de esta visita, y así en saliéndose del aposento, abrió los brazos hacia el Padre y Hermano que presentes estaban, diciendo: «vengan acá mis Padres, mis Hermanos, mi Compañía, murámonos aquí, murámonos aquí, sin estas visitas y cumplimientos, qué más quiero yo que ver aquí mis Hermanos?» Consuélenme ellos, que esta enfermedad affige mucho; y aunque su madre le había enviado dos ó tres veces algunos regalos, nunca se le oyó palabra que oliese á natural afecto ó sentimiento. Poco antes que muriese dijo delante del Beneficiado y de los Padres: que desde que salió á esta Misión le había dado Nuestro Señor primicias de que había de morir en ella, y cuando se despidió de los Padres para ir á ella se le advirtió esto mismo. También habló diversas veces mucho y muy encarecidamente acerca del ministerio de los indios en que Nuestro Señor le había puesto, y en que moría con consuelo, fundando en eso gran parte de su esperanza. Porque decía que eran grandes las prendas de gloria muy crecida que tenían los que se empleaban con esta pobre gente, y que si en algún ministerio se experimentaba el ciento por uno de la gloria era en éste, y que así él le estimaba en más que otros de cátedras y púlpitos, que lucen en los ojos de los hombres, y que esta verdad se conocía con verdadero desengaño en aquella hora, la cual ya era muy cerca de su dichosa muerte. Con estos desengaños y consuelo del alma murió este bendito Padre y en él fué más edificación por morir en edad en que suelen temer tantos, como porque tenía muy buenas partes para emplearse en otros ministerios más honrosos; pero en los humildes en que lo cogió la muerte, murió consoladísimo y podemos decir que rindió la vida por el amor de Cristo y de sus prójimos en que consiste la caridad perfecta.

CAPITULO X.

VIDA Y VIRTUDES DEL P. PEDRO VIDAL,
INSIGNE OPERARIO EN LA LENGUA OTOMÍ, QUE GASTÓ MUCHOS AÑOS
EN LA DOCTRINA Y PARTIDO DE TEPOTZOTLÁN.

Por remate de lo mucho que se ha dicho del Colegio de Tepotzotlán, acabaré con referir las heroicas virtudes del P. Pedro Vidal, muy fervoroso é infatigable obrero de la salud de las almas, cuyos trabajos pasados por Cristo en la conversión y ayuda de los indios, son muy digna materia de este lugar y merecen la justa memoria que de ella hacemos. Nació el P. Pedro Vidal en Canauta en el Reino de Aragón, en cuya Provincia entró en la Compañía y luego dió muestras del gran caudal de espíritu y virtud que Nuestro Señor le comunicaba, comenzando desde su noviciado y primeros estudios á anhelar á la perfección, disponiéndose para alcanzarla con particulares ejercicios de piedad y devoción, con que encendía y enfervorizaba á los otros connovicios y condiscípulos. El celo que luego comenzó á arder en su corazón de la salud de las almas, movió á los Superiores á enviarle á esta Nueva España á procurarla, habiendo oído sólo el primer año de su Teología que acabó en el Colegio de México, adelantándose en los estudios, no menos que en el fervor y aprovechamiento de espíritu. Después de la tercera Probación, fué enviado á Tepotzotlán á que aprendiese las lenguas otomí y mexicana, que supo y ejercitó con eminencia, rompiendo con todas dificultades y no perdonando á trabajo ni diligencia en esta demanda, con deseo de emplearse todo en servir á los prójimos y salvarlos.

Este celo cada día más fervoroso crecía en el pecho de este varón, y sus llamas que siempre duraban, lo encendían para poner todo su cuidado en el bien y amparo de los indios, en cuyo trato y enseñanza gastó 40 años, dando siempre maravillosas demostraciones de santidad con los heroicos ejemplos de las virtudes que ejercitaba. En el Seminario de San Martín, de que ya tratamos, y tuvo á su cargo más de 20 años, atendía con gran vigilancia al aprovechamiento de aquellos indiecitos, buscándoles el sustento, criándolos en policía, enseñándoles buenas costumbres para que volviendo (como él decía) á sus casas las enseñasen á los suyos: con el mismo tesón acudía á enseñar la doctrina cristiana y catecismo á todos los niños del pueblo que se juntaban en el cementerio de la Iglesia, gastando largo tiempo en vencer su rudeza, asistiéndoles hasta los últimos años casi sin poderse tener en pie por estar su salud muy quebrantada de continuos achaques y enfermedades, en especial de la gota, que le tenía casi impedidas las acciones; pero su espíritu siempre robusto y fuerte para el trabajo no desflaquecía ni se cansaba, porque fuera de la enseñanza de los niños, se quedaba á industrial y confesar á los más rudos, dando trazas como ninguno quedase sin ser ayudado, y lo que más admiración causaba á todos en este venerable varón que conocí y traté muy de cerca y mucho tiempo, era ver la apacibilidad y devoción con que ejercitaba estos ministerios en que más parecía que estaba orando

en quieta contemplación, que tratando negocios exteriores con prójimos. Ayudábale á esta facilidad y suavidad de condición una admirable pureza de intención que se traslucía y lo traía siempre muy recogido, procurándola en todas sus obras y hablando de ella con grande aprecio. Esta le hacía reparar en las cosas mínimas con singular vigilancia y andar tan desasido de las del suelo, como si viviera en el cielo, sin que jamás se conociese en él inclinación á alguna de la tierra. Era también maravilloso el dón que Dios le había comunicado para consolar los tristes y afligidos, y dar medios y trazas en los negocios espirituales del alma. Ninguno llegaba á pedirle consejo, favor ni ayuda, que no hallase en él todo lo que deseaba, sufriendo con paciencia las ignorancias y cortedad de las muchas personas que de toda la comarca se venían á acoger á la sombra de su caridad, atraídos de la discreta afabilidad con que les atendía y del buen expediente con que procuraba consolarlos á todos, y edificándolos con la compostura religiosa y humilde seriedad que guardaba, sin que se viese en su semblante mudanza ó en sus palabras desabrimientos. En la virtud de la humildad, fundamento y guarda de las demás virtudes, resplandecía tanto, que no se le advirtió acción ni palabra que desdijese de su perfecta observancia, dando muestras de ella en el encogimiento exterior con que andaba delante de todos, de manera que parecía que no era digno de parecer en su presencia y que todos los otros le eran superiores, y así les hablaba con notable sumisión y los procuraba honrar en todas ocasiones: de esta humildad nacía la repugnancia que tenía á oficios de gobierno. Cuando fué señalado por Rector de Tepotzotlán, confundido de sí y admirado de los Superiores, hizo extremos de sentimiento, y siempre que se trataba de encargarle algún oficio de honra procuraba huírle el cuerpo y eximirse del mejor modo que podía. Y efecto fué también de esta virtud el rendimiento, claridad y puntualidad con que daba cuenta de su conciencia á los Superiores, como si fuera un novicio. A su pobreza, que era muy hermana de su humildad, celaba como á muro de la religión, sin permitir que por ningún camino se desportillase. Contentábase con lo más vil y desechado de la casa, sin buscar comodidad aun en los últimos años de su edad, cuando su vejez y enfermedades pedían alguna dispensación. No dispuso de cosa por mínima que fuese sin licencia del Superior. En todos los cartapacios, aunque fuesen muy pequeños, les ponía títulos que pertenecían á aquel Colegio. En la obediencia fué rendidísimo no sólo á los Superiores, poniendo en ejecución la menor insinuación de su gusto y acudiendo á ellos en las dudas que acerca de esto se le ofrecían, sino aun á los Hermanos novicios que eran sus enfermeros y oficiales subordenados, obedecía puntualmente en cuanto le ordenaban. Su mortificación se echaba de ver en la continua tarea de sus ministerios, sin dar muestras de cansancio ó fatiga; en los trabajos é incomodidades que padeció en los caminos, cuando iba en Misiones á los pueblos de indios; en la igualdad de ánimo con que llevaba las enfermedades, hallándole siempre apacible y conforme con la voluntad divina, en medio de sus más terribles dolores de gota con que su paciencia y fortaleza de ánimo fueron acrisoladas. Varón tan grandemente mortificado, no pudo dejar de aventajarse mucho en la oración y trato con Dios, cuya gloria buscaba en todas sus obras. No sólo largas horas, sino todos los momentos del día gastaba en este ejercicio, porque era

continua la presencia que tenía de Dios y su conversación en los cielos. Y aunque velaba en ocultar la gran dulzura y continuos consuelos que su alma recibía, no le era posible, porque en las Misas que decía y oía, y en todos los demás actos de piedad y devoción que hacía, y á que asistía, y en los sermones que predicaba, eran á veces tantas las lágrimas que derramaba y tal el fervor de su espíritu, que había menester usar de algunos medios para poder reprimirse y pasar adelante con el sermón. Finalmente, se puede decir y puedo yo decir de este santo varón, que fué su vida irreprochable, pues apenas se le pudo notar cosa que oliese á imperfección, siendo á todos modelo de santidad y un ejemplar de los operarios perfectos de la Compañía; y aunque fué mucho lo que de sus virtudes descubrió, mucho más fué lo que con santa humildad y deseo de apocarse encubría á los ojos humanos. Habiendo vivido la vida tan religiosa y santa que hemos dicho, parece tuvo prenuncios de su cercana muerte la Cuaresma del año de 1622, y así se aventajó estos últimos días en el celo del bien de las almas, y se esforzaba en el mucho trabajo de sermones, pláticas y confesiones, y en los ayunos y penitencias, y aunque tenía licencia para comer carne por sus enfermedades, no quiso usar de ella, sino de más rigor y aspereza. Comenzósele á relajar el estómago y á no poder retener la comida, y poco á poco se le iba consumiendo el calor natural, y no habiendo médico en el pueblo de Tepotzotlán que lo curase, los Padres del Colegio, que lo amaban tiernamente y le deseaban la vida, determinaron que en una especie de litera y en hombros de indios le llevasen á nuestro Colegio de México, distante cinco leguas, para que allí fuese curado. A tiempo que esto se ejecutaba, á la puerta de nuestra portería se juntó número de indios é indias que se deshacían en lágrimas de ver que se llevaban á su Padre y que no sabían si lo habían de ver más; besábanle la mano y le pedían su bendición. El con amor de Padre las consolaba, y como humilde les decía le encomendasen á Dios, y acompañado de un religioso nuestro y otros indios principales del pueblo le llevaron á nuestro Colegio de México, donde con grande cuidado se trató de la cura de un Padre tan venerable y amable como era el P. Pedro Vidal. Pero no aprovecharon los medicamentos, porque quería Dios premiar sus santos trabajos, y así, habiendo recibido los santos sacramentos, dió su espíritu al Señor á 1º de Mayo de 1622 años, á los 67 de su edad, de los cuales empleó gloriosamente los 47 en la Compañía y los 30 con profesión de cuatro votos.

Extendióse luego la nueva de su muerte, y fué extraordinario el dolor y sentimiento que así indios como españoles de toda la comarca mostraron, lamentándose por los caminos, publicando á grandes voces la pérdida de su Padre. Y para que se vea lo mucho que le amaban y estimaban los indios, acabaremos su vida y dichosa muerte con dos cartas que escribieron dos Caciques al Padre Rector de Tepotzotlán, y aunque en su lengua tengan mayor énfasis, sus palabras traducidas en la nuestra, dicen así: «En este punto de la media noche supimos cómo el Señor llevó para sí al ciudadano del cielo, á nuestro amado P. Pedro Vidal, el cual con su sombra nos cubría, lo cual nos fué de grande pena á todos sus hijos, Alcaldes, Regidores y los demás de este pueblo que quedan llorando tristes y afligidos de que Nuestro Señor nos haya sacado del mundo al abogado de los pobres, pero que podemos decir que era báculo y arrimo de todos los de este

pueblo. Mas consolémonos los que quedamos huérfanos sin nuestro Padre, con que el haberle llevado Nuestro Señor al cielo habrá sido para que mucho mejor allá pueda abogar por nosotros delante su divina Majestad, y esto es lo que nos alienta por ahora. Luego que amaneció, todos sus hijos y cofrades de las dos Cofradías rogamos encarecidamente á nuestro Padre Rector se nos dijese una Misa cantada por nuestro Padre difunto, la cual se dirá luego para que se acuerde de nosotros delante de Dios y de su Santísima Madre. El mismo Señor hacedor y Criador Nuestro, guarde á vuestra reverencia. El pueblo de Tepotzotlán.» La segunda carta de otro Cacique, es en la forma siguiente: «Padre nuestro muy amado: puesto á tus pies con lágrimas en los ojos, te significamos el dolor y sentimiento que nos ha causado la muerte de nuestro querido Padre el santo Pedro Vidal, por habernos dejado huérfanos, á quien Dios había prestado algún tiempo para amparo de los pobres, y para que á todos nos mostrara el camino del cielo, ¿qué podremos decir, Padre nuestro, sino que ya se acabó su dichosa y santa vida? Tenemos esperanza que mucho más nos ayudará desde el cielo, que nos ayudaba acá en el suelo. Pídotte, Padre muy amado, que envíes alguna cosa de las que nuestro Padre tenía, su rosario ó cingulo ó cualquiera otra de nuestro santo, que la tendré y estimaré como preciosa reliquia, la cual me será de particular consuelo toda mi vida.»

CAPITULO XI.

DE LA CASA DE RESIDENCIA QUE TUVO LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN LA CIUDAD ANTIGUA DE LA VERACRUZ.

Muy grande era la fama que por todo el Reino de la Nueva España se exparcía de los loables trabajos y del singular fervor y gracia con que los primeros Padres de la Compañía, que habían llegado de España, se ocupaban en desterrar vicios de los corazones humanos, y en despertar la gente á ejercicios de devoción, siendo como una fuente de saludables aguas que regaban y cultivaban con su doctrina, ejemplo y predicación, las tierras y ciudades donde entraban, y así, eran pedidos para fundar casas y Colegios en los principales puestos del Reino; de estos, fué uno de los primeros el puerto de la Veracruz, lugar que fué uno de los primeros que fundaron los españoles en la Nueva España. Desde el punto que á él llegaron nuestros primeros Padres que vinieron de España, descansaron y pidieron sus vecinos con instancia que diesen principio á fundar allí alguna morada, y esos deseos se fueron después aumentando con la ocasión de la doctrina y ministerios de algunos Padres que en Misión allí fueron enviados, hasta que casi por el mismo tiempo que la Compañía había hecho asiento y tomado casa en el pueblo de Tepotzotlán (como queda dicho), los vecinos de la Veracruz antigua hicieron instancia para que también en esta ciudad viviese de asiento y edificase casa la Compañía.

Y antes de descender en particular á las casas de esta fundación,

debemos, conforme á nuestro intento, decir algo del puesto y calidad de la Veracruz vieja, y después de la que se llama nueva, y es la que hoy permanece. Estaba la ciudad de la Veracruz antigua distante ochenta leguas de la ciudad de México; era el puerto cerca del cual antiguamente surgían las flotas que cada año venían de España á este Reino, y el de más inmediato y continuo comercio con Europa y otros puertos de las Indias. Fundóse esta ciudad en la tierra firme á las riberas de un hermoso río de mucha amenidad y frescura, una legua del mar, donde surgían las naos y de donde subían las mercaderías en pequeñas embarcaciones que pedían poca agua porque pudiesen entrar por la barra del dicho río que es poco hondable, y no siempre una misma, porque la mar alborotada con la furia del norte (viento terrible en aquellas costas) unas veces con la grande resaca la cierra y cubre de arena; otras, forcejeando las aguas del río para correr al mar, abren camino por donde pasan las embarcaciones, y así la entrada por esta barra era muy peligrosa, teniendo unas veces bastante fondo para que entrasen con facilidad en el río los barcos, y otras con mucho trabajo, exponiéndose á grande riesgo. El puerto de la ciudad es muy caliente y húmedo, molestado de mosquitos en tanto grado, que apenas permiten tener luz en los aposentos; y lo que hacía más desacomodado ese puesto era el ser poco saludable é infestado de enfermedades; pero la ansia y hambre de enriquecer, *Auri sacra fames*, como encareció el otro poeta, allanó estas dificultades y otras mayores se vencieran por este puerto, donde concurre la riqueza de España y de Indias, y así, de ambas partes eran muchos los contratantes y no pocos los que dejaban allí, en busca de la plata la vida. Tenía antiguamente esta ciudad lugares de indios en su comarca, tan populosos y grandes, que llegaban en algunos á sesenta mil los vecinos de ellos, y hoy, por particular disposición del cielo, no se ve uno solo en diez y seis leguas en su contorno. Como bullía tanto el comercio en esta ciudad, había mucha necesidad de personas doctas y de rectas couciencias que desmarañasen sus contrataciones de mar y tierra que eran tan gruesas como dificultosas, y había menester aquel campo una lluvia copiosa que le fecundase, porque estaba hecho un eriazó lleno de malezas, de tratos peligrosos y vicios y torcidas costumbres, que cada día crecían más con la falta de obreros y Ministros que las desarraigasen y sembrasen la piedad y obras de virtud en aquellos principios, porque aún no había ninguna de las sagradas religiones en este puerto.

A esta inculta selva movidos del celo de las almas y de la honra de Dios, fueron en Misión los Padres Alonso Guillén y Juan Rogel de nuestra Compañía, incansables y fervorosos operarios (cuyas virtudes y santas obras escribiremos adelante), y con su espíritu vehemente y libertad santa en el reprender, necesaria para pueblo tan distraído y otros vicios, y no acostumbrado á oír la predicación cristiana, hicieron extraordinario fruto en los vecinos y gente de mar, desterrando vicios, introduciendo frecuencia de sacramentos, exhortando á hacer restituciones de mucha monta, reconciliando enemistades antiguas, y finalmente, haciendo tal mudanza en la gente, que en breve parecía otra la ciudad por las nuevas costumbres que ya reinaban en ella.

Mucho tiempo habían estado los dos apostólicos Misioneros cultivando tan bien, y cogiendo buenos frutos de la tierra y lugares cir-

convecinos á la Veracruz, cuando el Padre Maestro Pedro Díaz iba el año de 1579 por Procurador de esta Provincia á Roma, pero nunca había fundado la Compañía casa en la ciudad que ahora llamamos Veracruz Vieja, aunque hacían los vecinos grande instancia y lo habían deseado y pedido no pocas veces, y como estaban ya tan ganados y aficionados á los nuestros y alentados con el buen suceso que ya habían tenido los de la ciudad de los Angeles en la fundación de nuestro Colegio, determinaron también ellos hacer mucha petición con fuerza de razones urgentes que dieron al Padre Procurador para que los representase en Roma, y entre tanto negociase con el Padre Provincial que se diese principio á obra que había de ser para tanta gloria de Dios y notable provecho de las almas. Lo primero, por estar este puerto de la Veracruz tan lejos de la ciudad de los Angeles y de la de México, y tener necesidad de doctrina más que ninguna de la Nueva España; por ser los ruegos del Rey y particulares, y la diversidad de gente que allí concurría con las flotas que venían de España, y con ocasión de ellas ser extraordinarias las necesidades de enfermos que habían menester la ayuda y caridad de los nuestros, y últimamente, lo bien que estaba á la Compañía tener casa en un lugar donde los que viniesen á esta Provincia de las de Europa, descansarían con mayor gusto y comodidad de los trabajos y cansancio de tan larga navegación, y los que de aquí fuesen enviados á España y Roma, serían recibidos como en casa propia con la caridad que acostumbra la Compañía, sin andar por casas ajenas ni ser en algún tiempo molestos y cargosos á los ciudadanos. Todas estas razones representó el Padre Maestro Pedro Díaz al Padre Provincial, y la ansia con que los de aquella ciudad deseaban nuestra asistencia y el cumplimiento de su pretensión. Consideradas, pues, y consultadas estas razones, dió licencia el Padre Provincial para que haciendo elección de sitio, se comenzase el edificio. Comenzóse luego, aunque se engañaron en el puesto que fué algo apartado del comercio, y por los vehementísimos soles y arenosos caminos poco á propósito á nuestros ministerios. Apenas vieron los ciudadanos y encomenderos principales (que solían vivir en este puerto) abrir los cimientos, cuando se vinieron á ofrecer con sus limosnas y servicio de sus esclavos para la prosecución de la obra, procediendo con tanta liberalidad y significación de su gusto, que en pocos meses se hallaron algunos millares de pesos recogidos para llevarla adelante. Y lo que de más estima fué como indicio de su amor, que nos agradecían el trabajo en edificarla, como si para ellos se labrara aquella casa y no para nosotros, y queriendo cada uno corriesse por su cuenta, andando á porfía en prevenir el dinero necesario para la paga de oficiales y materiales. Y fué menester que el P. Alonso Guillén los reprimiese y templase la demasía de liberalidad, no aceptando algunas limosnas de las que ofrecían. Estaba en aquel tiempo en mucha mayor prosperidad la tierra que al presente. No menos mostraron después su generosidad y largueza, y juntamente lo que amaban á los de la Compañía, porque viendo que aquel nuestro sitio para los vecinos era de mucho trabajo, por el que tenían en ir á nuestra Iglesia y á nosotros poco saludable, nos compraron otra casa, la mejor y más acomodada de la ciudad y á la ribera del río, pagándola con el precio en que se vendió la primera, y de otras gruesas limosnas que juntaron, acudiendo de la misma suerte que antes á su

obra, sin que fuese menester pedirles nada para materiales ni para el sustento del P. Alonso Guillén y sus compañeros. Porque aquellos primeros años, ellos tenían cuidado de enviar este socorro con abundancia. Acomodóse una Iglesia bastantemente capaz para el ejercicio de nuestros ministerios y dispúsose una vivienda competente para los nuestros que eran de ordinario siete ú ocho, y los cuatro de ellos sacerdotes que tenían muy grande empleo en las almas de mar y tierra, como después veremos.

CAPITULO XII.

DE LOS EMPLEOS QUE LOS DE LA COMPAÑÍA
HAN TENIDO EN LA CIUDAD DE LA VERACRUZ DESDE EL PRINCIPIO
QUE EN ELLA HICIERON ASIENTO.

Fructuosos y bien logrados han sido desde sus principios los trabajos y ministerios de los hijos de la Compañía en la ciudad de la Veracruz, y muchas las almas que perdidas y olvidadas de Dios y de su eterna salud la consiguieron y se restituyeron á la gracia por medio de la luz y ejemplo de su vida y predicación.

Antes se emplearon siempre en confesar y predicar á los españoles ciudadanos, y á los que van y vienen á las flotas gente de mar y tierra, y enseñando la doctrina cristiana á los negros, niños y rudos, cogiendo abundantísimos frutos de todos estos trabajos. Y aunque ha sido y es muy útil la asistencia de los de la Compañía para todos los linajes de gente que allí concurren, pero en el tiempo que la flota de España invierna en el puerto de San Juan de Ulúa, que es ordinariamente por espacio de siete meses, es maravilloso el provecho que se hace y colmadísima la mies que nos ha ofrecido Nuestro Señor en este puesto. Porque acudiendo con apostólico espíritu los Padres, se han ocupado en servicio de la divina Majestad, en exhortar á los soldados y marineros con sermones y pláticas, y con otros ejercicios de piedad cristiana, enderezados al aborrecimiento que deben tener del pecado y á que apartándose de los caminos torcidos por donde suele libremente correr semejante gente, sigan el seguro y derecho de la virtud.

Con este cuidado y trabajo de los Padres se han movido muchos con cristiana y verdadera resolución á remediar sus rotas conciencias y estragadas vidas, haciendo confesiones generales con tan claras muestras de su dolor, que han sido manifiesto indicio de su arrepentimiento, y generalmente se han procurado desterrar pecados públicos y envejecidos, y en especial se ha compuesto y reducido á concordia enemistades que amenazaban graves daños y vinieran en rompimiento de sangre, porque en esta gente como de guerra y armada suele reinar más libertad y licencia, y hay más ocasiones de disensiones y sangrientos pleitos; pero los Padres, procediendo con suavidad y prudencia, de tal suerte han ganado y rendido á muchos, que vez hubo en que públicamente dijeron: que nunca habían experimentado que la ley de Dios fuese fácil de guardar, ni sus preceptos suaves y blandos, hasta que con el trato de los de la Compañía, la virtud y devo-